

me. —Oh! cuán silenciosas caen sin cesar,
sobre la roca del corazón humano incon-
movible! . . . —Como caen, oh mi Dios! en
el mío endurecido —y desconsolado para
siempre de todo, hasta de ti mismo!



CÁRMENES

A ENRIQUE G. MACKINTOSH

y

MANUEL GONZÁLEZ,

CON MIS MÁS GRATOS RECUERDOS DE JUVENTUD.

J. E. V.



A UNA ARTISTA

(MARÍA GUERRERO)

Quiero en la urna del soneto darte
todo el perfume de la patria selva,
quiero que el verso castellano vuelva
á ser el regio portavoz del Arte.

Que en Nueva España, bajo el estandarte
de Alarcón, sus albórbolas disuelva
la mañana, en la verde madre selva
con que adornamos tu bajel que parte.

La España que palpita en tu teatro,
es la España inmortal, la que idolatro
en Lope, Calderón, Tirso y Moreto.

Oh egregia artista! á cuya boca han ido
á hácer los versos próceres su nido,
vuelve miel en tus labios mi soneto!



UROR

Á RUBÉN M. CAMPOS.

Desde un peñón que coronó de liquen
la mano de la Flora del Ajusco,
contemplo el sol, agonizante rojo,
que muere entre las ondas de su sangre.

Profundo es el silencio en la montaña;
bajo los cedros el fulgor se cierce,
manchando á trechos el tapiz de yerba.
Allá en el fondo, láminas de oro,
han lanzado los lagos sus relámpagos,
y la luz vacilante en los celajes
fugitivos que cubren con sus tules
las blancas cimas, rómpese en matices.

Entreabre su párpado de plata
Véspers y el arco de la luna treme
en el cristal del aire. ¡Ah! No toda
la luz se ha ido. En espectral reflejo
fosforece la atmósfera del Valle,
cual si brotara en repentina magia
del centro de las cosas, y la Noche
avanza y tiende trémula los brazos.

¡Oh! Sombras que han surgido de la efímera
ilusión de las nupcias imposibles,
¿quiénes sois? ¿qué queréis? . . . Sobre la margen
del torrente se os mira desplomadas
en un abrazo inmenso de deseo,
retorciendo los tallos de los lirios.
¿Hay ansia aún en vuestro pecho, roto
por todos los desastres de la vida,
de perdurar sobre la tierra, abierta
por surco extraño que se nutre y vive
con la sangre servil de vuestros cuerpos?
¡Qué! ¿Saben todavía esos vencidos
suspirar y besar? ¡Oh! viles, torpes

criaturas sin patria y sin refugio,
amasando la carne necesaria
—esclava vil— á las enormes fauces
de la Opresión. . . . La noche entre su seno
¡ay! parece, no obstante, los suspiros,
los besos y las lágrimas de gozo,
recoger de esos lúbricos ilotas
unidos en un solo sér, en una
bestia de Apocalipsis de los sexos. . . .

Y rie la corriente entre las guijas.
Y empieza á murmurar la fronda, y suena
el arrullo en los nidos, y los astros
se abren como pétalos de místico
azahar sobre el lecho de la margen
de tallos rotos y estrujadas flores;
y en un instante, hasta mis ojos brillan
cual los de un fauno en la espesura grata.

¡Oh, Dios! Y tú nos ves. . . . y tú nos juzgas.
Todos éramos cómplices. . . . Entera
la gran Naturaleza, de mi espíritu;

los indios, de las flores y los astros;
las brisas, del torrente y de los nidos;
el crepúsculo largo y persistente,
del afán de vivir y prolongarse
en el Espacio y en el Tiempo; y todo
víctima de la Ley que tú nos diste
cuando animaste en el Edén el lodo
de la reproducción, eterna y triste.



A.....

Dulce instante de amor! Engañadores
sueños de dicha! Celestial tesoro!
Perdido bien que con el alma lloro!
¿Por qué ultrajando vienen mis dolores,

tus recuerdos trayendo seductores
cual golondrinas que en alegre coro,
envueltas llegan entre el polvo de oro
de un sol primaveral, cantando amores?

Yo nada espero ya. Yo nada anhelo.
El viento helado de la muerte zumba
á mis oídos conmoviendo el suelo,

y mi última esperanza se derrumba;
y ¡ay! ni plegarias se alzarán al cielo,
ni flores brotarán sobre mi tumba!



ALEDAÑO

Á MANUEL PUGA Y ACAL.

Ninón despierta. Su soñadora
frente levanta, como una aurora,
entre la noche de su cabello
que se retuerce por su albo cuello,
y en onda negra se esparce, y cubre
sus bellas pomas, pomas de Octubre,
promesas blancas para futura
boca de niño, rosada y pura.
Oh! lo ha soñado. . . . Entre la seda
del rico lecho, como que rueda
un mundo raro de órbita extraña
y en luz de oro su cuerpo baña,
centro y origen de sus anhelos
limpios y azules como los cielos.

Ah! lo ha soñado. . . . con el encaje
 que hadas tejieron, hízole un traje,
 y el cuerpecito suave y breve
 era una estrella, tras nube leve.
 Tendía á su pecho las manecitas,
 pétalos tiernos de margaritas
 de algún lejano místico huerto;
 y su boquita, botón abierto,
 buscaba el otro botón cerrado
 del seno virgen, inmaculado. . . .
 Oh! dulce sueño, ¿por qué no vuelves?
 Ninón suspira cuando disuelves
 tus creaciones en la alborada.
 Mírala seria; y en su mirada,
 húmeda y triste, justo reproche.
 Oh! dulce sueño, vuelve esta noche!



BALADA DE LAS MANOS

Á JOSÉ JUAN TABLADA.

Manos—capullos en flor—
 de niños buscando el seno
 en el piélagos sereno
 de una mirada de amor.
 En inefable fulgor
 manecitas de Jesús
 bañadas en leche y luz. . . .
 manos—capullos en flor.

Manos teñidas de rosa
 por la sangre de los besos

en los tremantes excesos
de una vibración nerviosa.
Manos en que no reposa
el ave de la pasión,
manos sobre el corazón,
manos teñidas de rosa.

Manos ágiles de hada
que pasan por el piano
como un ensueño lejano
de la vida ó de la nada;
manos, expresión alada
de un suspiro ó de algún grito
que flotaba en lo infinito. . . .
manos ágiles de hada.

Manos de ebúrnea blancura
que en la sombra del mantón
iluminan la oración
con luz sideral y pura,
manos entre cuya albura

la camándula desgrana
toda la desdicha humana,
manos de ebúrnea blancura.

Manos de la Caridad
que á la noche del hambriento
llevan consuelo y sustento—
pan de esperanza y verdad—
manos de eterna bondad,
nobles y místicas manos.—
Ah! todos somos hermanos. . . .
manos de la Caridad.

Manos pálidas, difuntas
en el amor ó el martirio,
pétalos del mismo lirio,
manos abiertas ó juntas;
manos llenas de preguntas,
de aspiraciones y anhelo,
manos tendidas al cielo,
manos pálidas, difuntas.

Manos de la bendición,
manos del trémulo anciano
que emergen del Océano
en inútil oblación;
manos del Papa León
en que la hostia divina
se deshace en la neblina,
manos de la bendición.

Manos que empuñan espada
y un cetro han hecho en la Guerra,
y que llenaron la tierra
con la sangre derramada;
manos de la plebe armada
en la riña ó el combate,
rojas manos del magnate,
manos que empuñan espada.

Manos duras y sangrientas
que abren el surco en el suelo
árido y triste, que el vuelo
no sienten de horas cruentas:

las que mueven las imprentas,
las que el taller estremecen,
las que en las minas perecen,
manos duras y sangrientas.

ENVÍO.

Manos hechas al trabajo,
fuertes manos de hombre libre
cuando en el espacio vibre,
lo mismo arriba que abajo,
moviendo el mundo de cuajo,
de la Justicia la ira. . . .
vosotras tendréis la lira,
manos hechas al trabajo!

